

vase sobre un trono de gloria, donde reynará eternamente.

No juzgueis pues, señores, de la muerte de María por la de los demás mortales. De estos el mas intrépido se turba en aquella hora, según la expresion del Espíritu Santo. La memoria de lo pasado, el dolor de lo presente, y el temor de lo futuro, todo le atormenta y le sirve de suplicio. El mundo que huye, el sepulcro que le espera, la eternidad que se acerca, la conciencia que le acusa, y la idea de un Dios justo, en cuyas manos va á caer, ¿no son otros tantos motivos de afliccion para el moribundo?

Mas nada de esto sucede en orden á María. Exenta de la culpa original, y libre de toda culpa actual, su muerte fué un dulce sueño. Rinde su espíritu á esfuerzos de su ardiente caridad. El Criador, que la habia privilegiado en vida con dones tan singulares, quiso privilegiarla en su

muerte, llamándola para ser coronada: *Veni coronaberis.* Goza desde luego delicias inefables, y su santo cuerpo, como piadosamente se cree, es elevado del sepulcro sin disminucion ninguna, y conducido en triunfo al cielo, donde goza en cuerpo y alma de una gloria correspondiente á sus heróicas virtudes, y á su eminente dignidad de Madre de Dios. Consideremos pues, y sirva de materia para un breve discurso, *las prerogativas de su muerte y las de su gloria.* Pidamos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercession de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángelo *Ave Maria.*

Veni coronaberis &c.

No son los que aspiran á la perfeccion, si los que ya la han obtenido, dice S. Agustin, los que

gustan la dulzura en las cercanías de la muerte. El varon perfecto, añade, gime continuamente en este valle de lágrimas. La dilacion de llegar á la patria que tanto desea, le sirve de gran pena. Desea por instantes ser desatado de los vínculos que lo detienen, para estar y reynar con Cristo, como se explica el Apóstol. Mas en el momento de su muerte gustará este justo perfecto inexplicables delicias y dulzuras, y morirá en transportes de alegría: *Qui perfectus est, delectabiliter moritur.*

Con arreglo á estos principios, debemos juzgar, señores, del tránsito de María. Superior en perfección á todos los justos, y solo inferior á Dios, muere entre los mas dulces transportes de amor y de alegría. Sumisa á las disposiciones del Altísimo, que la habia dexado sobre la tierra después de la Ascension de Jesucristo, dirigia al cielo sus mas ardientes votos, clamando con el

Profeta: *¡qué amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Mi alma desfallece por tus átrios; ¡Ó Salvador del mundo! ¡cuánto se prolonga mi morada en este valle de lágrimas! Vos sois mi Hijo y mi Dios, y yo vuestra sierva, y vuestra Madre. ¿Porqué estoy separada tanto tiempo de Vos?*

Un alma tan pura, animada de tan ardiente caridad, y que se lanza con tanta vivacidad ácia su centro, que es Dios, ¿sentiria alguna amargura al considerar su muerte próxima? ¡Ah! su cercano tránsito la llena de dulzura y de inefable alegría. Contempla, dice un sabio, la gloria que le está preparada, y fija su vista en los montes eternos, juzga gozar ya de su amado por anticipacion. Oye gózosa la voz del Esposo, que la llama para coronarla; y á la violencia del amor divino, se separa el alma de su cuerpo. Los dias de su destierro son pasados, y el

momento de su triunfo y de su gloria es venido. Del desierto de este mundo sale colmada de delicias, apoyada sobre su amado, elevada por los ángeles, y colocada sobre un eminente trono de gloria: *Delectabiliter moritur*. ¿Gozaréis vosotros, señores, de semejantes delicias al acercarse vuestra muerte? ¿Tendréis la dulce confianza del justo en estos terribles momentos? Acercaos al lecho de un moribundo. No hablo precisamente de aquel hombre de iniquidad, que después de haber cometido tantas iniquidades a sangre fría, da por medio de su turbación un homenaje público a la religión que ha profanado. Ni hablo solamente de aquellos mundanos, que fixos de por vida en lo terreno, son en aquella hora poseídos de un temor horrible, considerando los cortos momentos que les quedan para ordenar sus negocios domésticos, reparar sus contratos usurarios, examinar su conducta es-

candalosa, precibir los santos Sacramentos, y expiar tantos años criminales, antes de caer en las manos de Dios vivo y Juez inexorable. Hablo también de un justo moribundo. Yo le veo temblar en las cercanías de la muerte: no porque descendiendo al sepulcro, sino porque teme el juicio del Señor, que halla manchas hasta en sus mismos ángeles. Los Hilario-nes y Gerónimos deseaban morir por gozar de Dios, pero temian el juicio del Soberano Juez. *Estaba, señores, reservado á María el singular privilegio de gozar en esta hora seguridad, gozo y transportes de alegría, en premio de su heroico desprendimiento del mundo y de su eminente santidad. Los placeres, las riquezas, los honores, los cetros y demas ideas seductoras del mundo no habian tenido entrada en su alma, ni podido calmar sus ardientes deseos de salir de este valle de lágrimas, para unirse á su*

amado, que solo era el que llenaba su corazón. La muerte sola podía servir de término á sus ardientes suspiros por la posesion del soberano bien. Mas en este momento, ¿qué dulces transportes de alegría! ¿qué ardor de caridad no inunda su alma al oír la voz de su Hijo que la llama! Solo María es capaz de referir las maravillas que obró Dios en el precioso tránsito y dulce sueño de la separacion de su alma y cuerpo. Nosotros solo podemos decir, que así como su alma en las cercanías de su separacion del cuerpo gozó por anticipacion de las delicias del cielo, así tambien su cuerpo, despues de la muerte, goza por anticipacion del privilegio de glorioso.

El sepulcro de la raíz de Jesé debia ser glorioso segun el vaticinio de Isaías, que quiso denotar la Resurreccion de Jesucristo. El Rey profeta conoció asimismo, que el Mesías, el Santo de los santos no

padeceria diminucion ni corrupcion alguna en el sepulcro. De aqui infieren los padres de la Iglesia, que el Señor se dignó hacer tambien glorioso el sepulcro de su Madre, elevándola en alma y cuerpo al seno de su gloria. Asilo creemos piadosamente con la Iglesia. Es verdad, dice San Agustin, que la escritura nada nos refiere sobre la materia; pero como la Iglesia celebra y reverencia esta Asuncion gloriosa, es necesario inquirir una razon sana y libre de preocupacion; que nos induzca á adoptar la verdad. *Divina Scriptura nihil commemorat, inquirendum est ratione, quod conveniat veritati.* Y si preguntais á este santo Doctor ¿qué razon es esta? Os responde inmediatamente; que el origen de esta incorrupcion y Asuncion gloriosa de María consiste en que su carne es la de Jesucristo; *Cara Jesu, cara Marie,* etc. ¿Qué principio tan fecundo de reflexiones convincentes sobre la ma-

teria! ¿qué irrefragable argumento de esta singular prerogativa de María! Qué ¿sería presa de gusanos aquella carne sacrosanta que habia suministrado la del mismo Jesucristo incorruptible? La carne de María, siendo una misma con la de su Hijo, ¿estaría largo tiempo sujeta á los horrores del sepulcro? Dios que la preservó de toda culpa, que la hizo Madre Virgen, ¿no quiso al fin exaltarla con brazo omnipotente? El divino Salomon ¿no ha colocado á su diestra á la Reyna del cielo? ¿Ah! no busqueis en el sepulcro, dice el Damasceno, á la que ha sido conducida en triunfo á los eternos tabernáculos. Los ángeles han llevado al cielo este sagrado cuerpo, dexando en el sepulcro solamente el sudario. Convenia, dice S. Buenaventura, que esta Arca sacratísima de Dios vivo fuese exenta de las humillaciones y consecuencias de la muerte, y que elevada sobre los montes eternos,

gozase por anticipacion una completa gloria correspondiente á su incomparable dignidad y á su santidad eminente.

Este privilegio de María no es, señores, una pura invencion de falsos devotos y de fieles poco ilustrados, como pretenden ciertos críticos temerarios. Es una piadosa creencia de la Iglesia, y el sentir de sus mas grandes doctores. Veo los sepulcros de los siervos de Dios, dice el Crisóstomo, mas brillantes que los palacios de los emperadores. Veo que sus huesos por la virtud del Omnipotente renuevan las milagrosas curaciones que hacian los Apóstoles. Véolos adornados de trofeos, erigidos á la santidad de sus héroes. Veo á los soberanos de la tierra implorar su proteccion postrados en su presencia. ¿Supondré con temeridad que el sepulcro de María es un lugar de humillacion, y que su santo cuerpo ha sido entregado á todos

los horrores del sepulcro? Ah! lejos de aquí, ideas insensatas.

Mi piedad, señores, me hace creer piadosamente con la Iglesia, que este sagrado cuerpo, de cuya sangre fué formado el de Jesucristo, fué conducido al cielo por los ángeles. Privilegio singular; pero apoyado en los monumentos eclesiásticos. En vano pretenden algunos críticos morosos, que el sepulcro de María, igualmente que el de Moyses, es un misterio oculto á los mortales, ignorado hasta de presente. Si hubieran registrado los anales de la Iglesia, hallarian que el emperador Marciano y Pulcheria vieron y visitaron en Gethsemani este lugar santo: hallarian haberselos mostrado Juvenal, obispo de Jerusalén: hallarian haberselos testificado, que este sagrado cuerpo habia sido allí depositado; pero que no siendo digna la tierra de poseer y conservar tan gran tesoro, los ángeles lo habian

conducido en triunfo al cielo: hallarian que la piedad de estos emperadores habia construido alli mismo un templo magnífico que sirviese de eterno monumento; erigido á la gloria anticipada de este santo cuerpo. ¿Cómo han podido ignorar unos hechos testificados sin oposicion por el espacio de quince siglos? Por otra parte, aun cuando quisieramos decir que el sepulcro de María estuvo en Efeso, apoyados en una epistola del concilio general, celebrado alli contra Nestorio, ¿seria por esta razon menos glorioso, dice un sabio? ¿ó deberá hacernos mas fuerza la asercion de algunos criticos, que la constante tradicion de tantos siglos? Cedamos pues con sumision á la autoridad de los padres que testifican esta gloriosa Asuncion, y á la piedad de la Iglesia que la reverencia y la publica. La razon en que S. Agustín se apoya es incontestable. Si la carne de Jesucristo

es la de María, ¿quién osará negarle esta prerogativa? ¿No ha sido ella participante de las humillaciones y dolores de Jesucristo en el calvario? ¿porqué no participará de su consolacion, con arreglo al principio de S. Pablo? Si el sepulcro de Jesucristo ha sido glorioso, conforme al vaticinio de un profeta, ¿porqué no lo será proporcionalmente el de María su verdadera Madre? Pero ¿qué digo? Apoyados en la piadosa creencia de la Iglesia, ¿quién no ve á la naturaleza elevarse sobre sí misma para seguir nuevas leyes, renunciando las comunes? ¿Quién no ve á este animado promontorio de resplandor penetrar y dilatarse sobre las mas altas esferas? ¿Quién no ve á María elevada sobre las alas de los vientos penetrar los cielos? ¿Quién no oye la voz del Padre Eterno que la dice: ven, hija mia, paloma mia, mi muy amada, mi única, mi escogida, ven á ser coronada? ¿Quién

no oye al Hijo decirle: ven, Madre mia, que con tanta verdad me engendraste en la plenitud del tiempo, como mi Padre celestial me engendra en el esplendor de los santos? Ven, inseparable compañera en mis aflicciones, ven á ser coronada. ¿Quién no oye al Espíritu Santo, que la dice: ven, Esposa mia muy amada, relicario de las virtudes, tabernáculo de Dios Altísimo, ven á recibir la corona? Alzad las puertas, príncipes de la gloria, y entrará vuestra Reyna. Entonad dulces cánticos é himnos de alegría para celebrar este triunfo. Regocijaos, milicia celestial, á presencia de tan nuevo suceso; y temblad vosotros, príncipes de las tinieblas, estremeceos, gigantes del abismo, porque ha subido á poseer su trono aquella muger verdaderamente fuerte que debía quebrantar vuestra cabeza. ¡Inteligencias sublimes! dad gloria á Dios en las alturas, y confesad

abiertamente, que solo á él se debe el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por el solemne triunfo de vuestra Reyna, que no solo ha obtenido privilegios singulares sobre la tierra, sino tambien en el cielo. Segunda reflexi6n del discurso, que paso á exponer con brevedad.

II. En la casa de mi Padre, dice Jesucristo, hay muchas mansiones. Las piedras preciosas del edificio eterno de la celestial Jerusalén estan colocadas en su órden por la sabiduría del supremo Artífice. La medida de las recompensas es proporcionada á la extension de los méritos. Asi aunque todos los justos estan como embriagados entre torrentes de gozo y alegria viendo á Dios como es en sí: aunque son otros tantos astros resplandecientes por la luz que el Señor les comunica, difieren no obstante en la claridad, á imitaci6n de las estrellas, segun la comparacion de S. Pablo. De aqui se sigue por

una consecuencia legítima, que en el cielo, no menos que en la tierra, hay grados diferentes y distintas gerarquías. Con arreglo á estos principios, consideremos en María el eminente grado que en el cielo obtiene, y el crédito que goza en la presencia de Dios. Seguidme sin desmayar.

No es mi ánimo, señores, osar temerariamente descubrir el fondo inefable de felicidad que goza María en el cielo. No pretendo ser curioso investigador de la Magestad, temeroso de ser oprimido por su gloria. Sin profundizar pues el misterio de esta exáltacion, me contento con decir, que en virtud de este solemne triunfo fué María elevada sobre todo lo que no es Dios. Hé aqui el sentir de los Ambrosios, Gerónimos, Agustinos, Bernardos, Anselmos, para omitir otros muchos, que hablando de la Asuncion de María, admirantan singular prerogativa.

Para poner á buena luz esta ver-

dad, no son necesarias, dice un sabio, descripciones pomposas que lisonjeen vuestros sentidos. Bastará reflexionar con estos padres, que habiendo sido María la criatura mas privilegiada, la mas humilde, la mas fervorosa y de mas alta dignidad sobre la tierra, era consiguiente su exáltacion en el cielo sobre todo lo que no es Dios. Ser Madre y Virgen juntamente, hé aqui, dice San Bernardo, un privilegio singular, concedido únicamente á María, y que ninguna otra criatura obtendrá jamas. El grado pues de su gloria, el esplendor de su triunfo debe ser correspondiente á su altísima dignidad. Apoyados en este principio los mas santos doctores, forman de solo María una gerarquía singular entre Dios y los santos. Consideranla colocada sobre un trono á los pies de Jesucristo, donde todos los que gozan de la eterna inmortalidad admiran con respeto la inefable gran-

deza de la verdadera Madre del Unigénito de Dios.

¿ Mas para qué me detengo y os molesto? ¿ No la saluda la Iglesia como á Reyna del cielo? ¿ No la invoca como á Reyna de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, y para decirlo de una vez, no la proclama Reyna de todos los santos? ¿ Qué quiere decir esto, sino que solo es inferior á Dios? La plenitud de gracia que recibió sobre la tierra ¿ no es un irrefragable testimonio de la plenitud de gloria que obtuvo en el cielo? Á las demas criaturas, dice S. Gerónimo, se les ha dado con medida; no así á María, que recibió la plenitud: *Ave María gratia plena.*

Ademas, esta plenitud de gloria ¿ no era correspondiente á su profunda humildad? ¿ No será mayor en el Reyno de los cielos, segun el Evangelio, el que hubiere sido mas humilde sobre la tierra? ¿ Y quién mas

humilde, os ruego, que María? ¿Á cuál de sus escogidos ha hecho el Señor pasar sobre la tierra por pruebas de mayor humillacion que á María? ¿Cuál de ellos las ha tolerado con igual fidelidad? Aun cuando no tuviesemos otro monumento de su humildad que el cántico que entonó ella misma en casa de su prima Isabel, denominándose esclava del Señor la que él ha elegido por Madre, ¿no bastaria para probar que fué la mas humilde de todas las criaturas? ¿Qué se sigue de aqui, sino que fué la mas elevada? S. Juan en su Apocalipsis nos la representa baxo los símbolos mas brillantes. Vió abrirse el templo de Dios, y apareció una muger revestida del sol; la luna estaba á sus pies; y por corona tenia doce estrellas. Sin embarazarnos por ahora en las sabias interpretaciones de los comentadores, ¿no podremos, dice un sabio, mirar con la Iglesia esta pomposa descripcion como una

imágen natural de la gloria de María en el cielo, y del lugar distinguido en que Dios la ha colocado por su humildad profunda, por la plenitud de gracia con que fué dotada, y por la incomparable dignidad á que fué elevada?

¿Qué ideas de tanto consuelo, miserables hijos de Adan! María exáltada á la diestra del divino Salomon y Rey de la gloria, ¿qué poderosa medianera! ¿Qué no podrá obtener á beneficio de sus hijos una Madre tan tierna, tan poderosa, tan benéfica? Ella, segun los padres, es la puerta del cielo, el árbol de la vida, redentora con el Redentor, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, de donde estan pendientes mil escudos inexpugnables, para que podamos prevalecer contra todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

Tenemos, es verdad, tenemos, dice S. Pablo, un Abogado perma-

nente para con el Padre, que es Jesucristo justo, que intercede continuamente por nosotros, y que siempre es oído por la reverencia que le es debida. Mas esto, señores, no impide la alta proteccion de María, tanto mas eficaz, quanto mas próxima á Dios. Jesucristo es Abogado, pero sin dexar de ser Juez y Dios ofendido. María asimismo por un efecto de su exáltacion á la diestra del Esposo, es Abogada; pero de distinto modo. Jesucristo es Abogado de *propiciacion*, porque es la hostia pacífica é inmolada que satisfizo por nuestros pecados. María es Abogada de *intercesion*, que atrae sobre nosotros innumerables beneficios, no sacados de su propio fondo, sino alcanzados por sus ruegos del infinito é inagotable mérito de la pasion y muerte de su Hijo, origen y principio de todo bien. ¿Qué no podrá pues obtener á beneficio nuestro?

No diré yo, señores, no diré por

un exceso de piedad y falsa devocion, que tiene María autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado su Unigénito. Esto en lugar de elógió, sería una atroz injuria contra Jesucristo y contra María. Pero diré con la Iglesia, que ella á exterminado todas las heregias: diré que ha trastornado las aras de los ídolos y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana: diré que puede mejor que Moisés contener las venganzas del Señor contra un pueblo infiel: diré que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías y Jeremías á Judas Macabeo: diré con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce á María por su Madre, y que inclinado á las súplicas de tan augusta medianera, derrama sobre su pueblo innumerables beneficios: diré en fin con San

Bernardo, que esta singular protectora está colocada entre Cristo y su Iglesia, y que es el canal por donde descienden á ella todas las gracias.

Agregad á esto, que es igualmente benéfica que poderosa. La Iglesia en efecto la saluda como á Madre de misericordia y Virgen clementísima. Los templos consagrados á Dios en honor de esta gran Reyna, ¿no son como el Arca del Testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que debidamente la invocan? Recorred los anales de las diferentes naciones que se glorían estar baxo la tutela de María, y hallaréis los mas preciosos monumentos de gratitud por los beneficios recibidos.

¡Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aqui los ilustres trofeos que penden en nuestros templos, como eternos monumentos de la beneficencia de María! ¿Qué rey-

no, qué provincia de las de este vasto imperio no ha experimentado el carácter benéfico de María? ¿Qué cuerpo ya eclesiástico, ya militar, ya civil, ya literario no ha recibido beneficios de María? Y contrayéndome á vosotros mismos, ¿cuántas veces no habeis sido socorridos en vuestras necesidades espirituales y temporales por la benéfica intercesion de María? ¿Quién no ha sido testigo de su proteccion en las urgentes necesidades de hambre, peste y guerras? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no habeis sido por su mediacion prevenidos con bendiciones de suavidad y de dulzura, que os han preservado de caer en el abismo de la culpa? ¿Quién hay, para decirlo de una vez, que no haya experimentado el calor de su misericordia?

¡Consolaos, Esposa del Cordero, Iglesia santa! dexad los vestidos de

luto, y adornaos con los de alegría. Vuestra Reyna poderosa, vuestra Madre benéfica, y llena de misericordia, habita ya en cuerpo y alma en las alturas. Ya ha triunfado de la muerte, y ocupa un trono de magestad y de gloria, solo inferior al de Dios. Su altísima dignidad y sus heroicas virtudes la han elevado á esta grandeza. Colocada entre vos y Jesucristo, es vuestra poderosa Abogada. Pedidla pues, y recibiréis. El divino Salomon no rehusará las peticiones de esta Madre tan amada y tan llena de piedad.

¿Qué resta pues, señores, sino que vosotros, como fieles hijos de la Iglesia, y verdaderos devotos de María, aviveis vuestra fe y alenteis vuestra confianza, para pedirla la exáltacion de vuestra comun madre, la paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos, la exterminacion de los errores, la conversion de los pecadores á saludable penitencia, y final-

mente, que el nombre de Jesucristo sea universal y dignamente alabado en los cielos y en la tierra? Amen.

DIXE.

...

...

O. S. C. S. R. E.

...

...

M. Fr. Sebastian Sanchez

y

Sobrino.

...

...

...

...

...

...

El tomo XI. año la septena Do-

...

...

...

...

NOTA.

Los ocho primeros discursos de este décimo tomo son en gran parte analíticamente extractados de las obras del célebre orador du Jarry. Hago esta prótecta, porque aunque mi trabajo ha sido mucho en acomodar sus oraciones á mi estilo, frase y justa dimension que debe tener un discurso, para que ni el ministro del Evangelio ni los oyentes desmayen por su demasiada extension; seria injusto privarle por un silencio criminal de la gloria literaria que le es debida, como autor de los pensamientos y de la mayor parte de sus pruebas.

El tomo XI. será la Septena Dolorosa.

INDICE

De los Sermones contenidos en este tomo.

Sermon I. Para el día de la Encarnacion del Verbo Eterno. Pág. 1.	
Sermon II. Para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.	29.
Sermon III. Para el dia de la Circuncision.	59.
Sermon IV. Para el dia de Reyes.	85.
Sermon V. Para el dia de la Purificacion.	107.
Sermon VI. Para el dia de la Resurreccion de Jesucristo.	131.
Sermon VII. Para el dia de la Ascension.	155.
Sermon VIII. Para el dia de Pentecostés.	181.
Sermon IX. Para el dia de la Asuncion de nuestra Señora.	207.





B
S
V
C

1